

NADA

Dos amigos míos comían naranjas en el balcón de mi sala mientras yo llenaba unas cuartillas que hacían falta para tapiar un nicho del periódico.

Faltábanme ya pocas paletadas de prosa, cuando mis amigos, después de cerrar los cristales del balcón, cruzaron la sala en dirección á la puerta de la casa y dijeron á un mismo tiempo :

— ¡Vamos allá !

El instinto me llevó hacia el sombrero, y salí también. Entonces uno de mis amigos me dijo rápidamente :

— Es un hombre que pide socorro en el balcón de la casa de al lado.

Bajamos á toda prisa los peldaños de la escalera. En el piso principal, una chica morena tataraba *La Mascota*; en la calle, un arriero golpea-

ba su mula con una vara y golpeaba á Dios con una blasfemia mal oliente.

*
*
*

Ya en la casa vecina, se abrió bruscamente la puerta del piso tercero, y apareció un hombre. En los labios de este hombre, impresionado y nervioso, se veía aún la huella húmeda de un salivajo.

Apenas entramos, cerró la puerta. Mis amigos se dirigieron maquinalmente por un pasillo estrecho y largo. Miré con fijeza á aquel hombre que echaba la llave y el cerrojo para recibir un socorro...

— Yo le conozco á usted, me dijo nerviosamente; le he visto en una casa del barrio de Salamanca.

— Es posible, le contesté con frialdad.

— Ah, sí; venga usted.

Y, asiéndome de una mano, casi me arrastró á la sala. Una mesa manchada, un puchero sucio de ceniza, un cofre y algunas sillas de paja : de esto se componía el mobiliario de la habitación... En un rincón, estaba como pegado á la pared un niño de ocho años. Tenía escueto el semblante, y su boca era un surco amoratado y contraído, un

surco abierto por el vitriolo del escorbuto en la cara de un ángel. Aquel niño tenía la pasividad del idiota.

Mis amigos habían vuelto de su sorpresa, y, creyendo que yo corría un peligro, se aproximaron á mí.

El hombre recorrió el cortinaje de una alcoba, y me dijo :

— Véala usted... se muere...

— Efectivamente, se muere, le contesté yo.

Se morían unos ojos de mujer, unos ojos muy grandes, sobre los cuales languidecían unas pestañas muy negras. En el desordenado y pringoso lecho, se destacaban aquellos ojos, bailando en sus órbitas y animados por el espanto. Todo lo demás del cuerpo era una convulsión. Cuando el hombre quiso aproximarse al lecho, los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente, y se cerraron en seguida. En aquella última mirada de la moribunda había mucho de temor angustioso; había también una reconvención muda, pero triste y severa... Moría sola...

— No quiero que se marche usted, me dijo el desconocido; no, no. He mandado recado al juez... Usted no sabe lo que es esa familia. Sería muy capaz de decir que he asesinado á esa mujer.. Mire usted, yo estaba casado con la Pepa. Cuando

se murió, me hice el cargo de que las señoritas no sirven más que para dar quebraderos de cabeza, y me casé con esa mujer, que es una criada...

— Que fué una criada, le interrumpí yo.

— Eso es, que fué una criada. De poco me ha servido. Siempre hemos estado de moños : á escándalo por día. Hace poco, en la calle de Peligros, los guardias nos llevaron á la prevención. La madre me llamaba ladrón, porque yo, con el derecho de marido, guardaba las alhajas de la hija; « ¡que yo la mataba de hambre y negándole medicinas »... Mire usted ese puchero lleno todavía de tisana. Estas manos que usted ve, han servido para lavar la basurita de las sábanas de esa mujer... ¡Y me han llamado ladrón, y un hermano que se las echa de guapo ha venido á armarme un lío!... Le digo á usted que fué una escena atroz. Los padres querían llevarse á la hija, y yo no quería soltarla, con el derecho de marido, ¿verdad usted? Ellos la tiraban de una mano, y yo la tiraba de la otra. Acudieron los guardias, y al fin pude llevármela en un coche. Pero... ¿se va usted?... Hágame el favor de no irse. No quiero quedarme solo; va á venir el juez, y podrían decir que la he matado...

Sonó la campanilla, se abrió la puerta, y dos mujeres se abalanzaron á la alcoba. Después se

oyeron llantos y gritos... « ¡Ay, ya estará en el cielo, bien merecido lo tiene!... » « ¡Ha sido una pobre víctima mi pobrecita hija!... » « Miren ustedes, caballeros, hace más de un mes que ese hombre no nos dejaba verla... »

Eran la madre y la hermana de la muerta.

— Venga usted, gritaba la madre dirigiéndose al yerno; venga usted, que se ha muerto ya.

Él contestó con desabrimiento:

— Ya lo hemos visto, señora.

Habíase desnudado moralmente, y estaba al natural, un infame de cuerpo entero. Sus ojos habían perdido por un momento la dureza habitual y se reían con cariño, como se reiría la cuerda, á poder reírse, cuando acaba de ahorcar. Sobre el labio inferior se veía aún la burbuja del salivajo, amarillenta y seca, como un esputo del odio, como una estalactita de un corazón podrido.

— Ya verá usted, añadió, ya verá usted cómo van á decir que la he matado. Le dijeron ayer á la portera que yo le había dado la gran paliza, en la cama, donde cayó hará cosa de dos meses de resultas de un mal parto. Yo no sabía que hacer. Ningún dinero daba abasto á tanta medicina... Despedí al médico, porque no estaban los tiempos para tirar á la calle el dinero... ¡Y luego dirán que la he matado!... Comprenda usted que

hay momentos en que se ciega uno y hace una barbaridad... No se vaya usted. ¡Si va á venir el juez!... Ahí está, ése es...

Sonó nuevamente la campanilla, y se abrió la puerta para dejar paso á una vieja...

— Ahí tiene usted, me dijo él, á la señora que la ha asistido. Ella le dirá á usted si yo he puesto tasa á las medicinas.

La vieja le miró con miedo y se echó á llorar.

Siempre que él la miraba y le pedía que confirmase sus palabras, ella lo veía con espanto, no decía nada y lloraba, pero sin ganas y con mucho estrépito, como si estornudara por los ojos.

Un muchacho trajo un recado del juez. No podía venir... La justicia se ocupaba en otras cosas... El juez decía que, si el caso era urgente, fuera al juzgado aquel hombre. Cuando éste supo que el juez no vendría, se calmó repentinamente. Yo aproveché aquel cambio para retirarme con mis amigos. Él no insistió ya para que nos quedáramos...

Al bajar del piso, recordé un chimorreo del barrio de Salamanca.

Una mañana, al salir yo á la calle, la portera de mi casa me detuvo para decirme:

— Señorito, ¿no sabe usted lo que ha ocurrido?

— No, si usted no me lo cuenta.

— Pues, que se ha muerto la Pepa, esa pobre mujer que vivía en el tercero interior.

— Lo siento...

Ya salía yo por el portal, cuando la portera me detuvo otra vez para decirme en voz muy baja:

— Oiga usted, señorito; dicen que la ha matado de una patada en la tripa... Ya ve usted, como estaba embarazada...

*
* *

Durante la noche del día en que presencié la escena que dejo descrita, una pareja de orden público custodió el portal de la casa donde estaba la mujer muerta. El marido, temeroso de que la familia de ésta diera algún escándalo, pidió amparo á la ley.

En la mañana del día siguiente, iban calle abajo dos hombres de blusa azul, los cuales conducían de mala gana un ataúd grotesco.

Poco después salía de su casa el protagonista de esta historia, muy limpio y afeitado y luciendo en el cuello un pañuelo de colores.

La morena del principal cantaba un aire canallesco de *La Mascota*... Cuando él pasó por bajo del balcón, ella le miró con coquetería de mujer soltera...

Al mismo tiempo ocurrió algo extraño en el balcón de la casa de donde había salido el ataúd. Primero se asomaron tímidamente unas manos pequeñitas y delgadas; después salió todo el brazo y se apoyó sobre la reja, y al fin, mirando de reojo, se asomó una cara de niño, un costurón hecho á mano por la desgracia. En los ojos de aquel niño había muchas lágrimas, y muchas cayeron en el fango de la calle cuando él, venciendo el miedo, sacó la cabeza fuera del balcón para ver el ataúd, que cruzaba ya la esquina, y sin poder remediarlo, dijo llorando:

— ¡Ay, mi mamita!

Entonces, sobreponiéndome á los brutales egoísmos del corazón, quise gritar á los guardias, cuando todavía se alcanzaba á ver aquel viudo, que había vuelto la cabeza para hacerle un guiño á la morena del principal: « ¡En nombre de Dios, que se ahorque á ese hombre! »

Pero... no dije nada... ¿Qué tenía yo que ver con aquella muerta?...

LA CARNE RUBIA

Por la calle arriba,
Por la calle abajo,
¡Cómo paseabas anoche ese cuerpo
Que yo guardé tanto!

Por la calle de Alcalá rodaba lentamente el coche, con todas las cortinillas corridas, camino de la Puerta del Sol; se detuvo al llegar á la esquina de Fornos, y bajaron de él un joven y una joven.

Ella, con cara de amapola; él, con cara de pas-cua; ella, muy rubia; él muy moreno. Temblan-do y recelosa, como quien acaba de dar una pu-ñalada, escapóse ella rápidamente por la calle de Peligros entre entusiastas ¡olés! de algunos tran-seúntes. Relamiéndose de gusto, como gato que acaba de engullirse un buen bocado, entró él tran-quilamente en el café.

La impertinencia de sus amigos le dió bromas...

— Psch, contestó él sonriendo; una de tantas... Es una aventura, como otra cualquiera, que em-ppezó en la calle de Hortaleza y terminó en esa

esquina, pasando por el Prado... Eso bueno tie-nen los matrimonios en coche: se disuelven tan pronto como deja de rodar el vehículo.

Y, dicho esto, Manoloapuró de un trago una buena copa de *fine champagne*.

*
*
*

Juan, el buen compañero de Manolo, caminaba á toda prisa, frotándose las manos, por las afue-ras de Madrid, que daban frío, y de vez en cuan-do maldecía las genialidades de su amigo.

— ¡Sí, se necesita ser muy misántropo ó sal-vaje para vivir con gusto en este desierto y en pleno invierno! iba diciendo para sus adentros.

Estaba furioso... Pero ya hacía tiempo que no se veía á Manolo por ninguna parte, y era preci-so saber de su vida.

— ¡Puede que se haya helado en esta Siberia! seguía diciendo Juan.

Y bajaba cuestras, se metía en los baches, hacía cruji-r el hielo bajo la suela de sus botas, y lleva-ba el gabán perdido de lodo.

La casita aparecía de pronto saliendo de una hondonada. Era como una tumba á flor de tierra, rodeada por un paredón mohoso, sobre el cual se destacaban á guisa de bayonetas algunos árboles rapados por el viento.

— ¡Rústico marco de un salvaje! solía decir Juan cuando su amigo le ponderaba las excelencias de la lejanía.

Y Manolo se enfadaba.

— No me toques á esa casa, le respondía, porque vamos á reñir. Al redor de ella han crecido muchas flores, mustías é inodoras para ti y otros vecinos de Madrid, que las ven de puertas afuera, frescas y bien olientes para mí, que las veo de puertas adentro. Déjame en mi desierto, y márchate á tu calle de Jacometrezo á ver la ropa en los tejados y á percibir olores á puchero. Jamás he pedido á mis amigos que vengan á verme. Ya sabes que me revientan las visitas...

Y concluía siempre por darle un buen abrazo.

Por ley del contraste, ley que tiene atracciones de abismo, Juan y Manolo, buenos amigos, si jamás los hubo, no se parecían absolutamente en nada. Juan era hombre *céntrico*, que vivía en las inmediaciones de la Puerta del Sol, buen creyente en una porción de cosas divinas y humanas y buen soñador en otra porción de ellas. Al revés, Manolo, que era excéntrico por temperamento, prefería un barranco en las afueras á la mejor calle de Madrid, y ni creía en Dios ni en el diablo, ni soñó jamás dormido ni despierto. Juan entraba en la vida vestido de riguroso uniforme,

como quien entra en Palacio; Manolo entraba en ella de blusa y alpargata, como quien entra en una boardilla; Juan, andando con cautela y en puntillas, al igual del enfermero que penetra en la alcoba del moribundo; Manolo, arrastrando las chanclas y dando traspiés, al igual del borracho que entra en la taberna á libar la última copa. Juan era hombre al uso, con ensueños de idealista, más apegado á las cosas materiales que á las espirituales; Manolo era un romántico vestido á la inglesa y un materialista que vivía del espíritu. Ambos amigos filosofaban á ratos perdidos, guardando cada uno su correspondiente *punto de vista*; pero las filosofías tristes, como llamaba Manolo á sus ocurrencias, se filtraban, á modo de polvillo vidrioso, en el espíritu de Juan y le hacían sangre.

Cuando, después de haber andado una legua larga, llegó Juan á la solitaria casa, encontró á su dueño en la sala paseando con un maletín de viaje y un *plaid*.

— ¿Qué?... ¿te marchas?

— No. Le cuento á ésta un episodio de mis viajes, y, al mismo tiempo, viajo un poco por la sala.

¡Ésta!... Juan miró... Sentada al desgaire en un sillón de lona que olía á buque, se hallaba ésta. Juan recordaba haber visto en otra parte aquellos

ojos, tersos y brillantes como la porcelana, de los cuales hubiérase dicho que habían sido robados á una muñeca de *biscuit*, y aquella boca, chiquita, encarnada y fina, cuyo labio superior se torcía en ligera curva que le daba apariencias de estar pidiendo besos. Sí, aquella mujer era la misma con quien celebrara Manolo el matrimonio de verano que empezó en la calle de Hortaleza y terminó en la esquina de Fornos, pasando por el Prado...

Juan seguía mirando con cara de asombro... Su amigo le interrumpió:

— Sentirás frío, ¿eh? Aguarda, te echo esta manta, no te constipes, y vámonos á dar una vuelta por la carretera.

— ¡La carretera, esto es, el polo! pensó Juan dando diente con diente.

Pero siguió á su amigo.

— Sí, estás asombrado, terriblemente asombrado, dijo Manolo; no lo niegues, que te lo conozco en la cara. ¡Qué quieres! yo, todo yo, el hastío que anda, no salgo de entre esas faldas hace ya un mes, y lo más raro es que no estoy aburrido... He hecho un descubrimiento. Debajo de esa carne rubia que te enseñé en la punta de mi pluma cuando te escribí al pueblo, en el fondo de ese sentido carnal extraviado, hay una entraña que siente y padece... no te asombre, no; yo la

he estrujado hasta hacer saltar sangre de ella, y tengo en mi laboratorio muchas gotas que te enseñaré otro día. ¡Que es una tal y una cual! ya lo sé... Pero si da gusto tener entre las manos la carne suave y perfumada y aspirar la vida y el aroma que brota de sus poros, da gusto también hacer en la carne infecta una herida salvadora y ver que se unen los bordes de la herida por una piel fresca y sonrosada... Es hermoso recibir la primera caricia de la mujer virgen... sentir que aquel beso suyo es el primero que da y acaso el último que dará en su vida con los labios de la carne; descubrir en ella el mundo de las sensaciones y encender en las pupilas de sus ojos la alborada del amor primero... Pero más hermoso aún es rescatar una caricia verdadera de la mujer perdida... sentir que aquel beso suyo que ha vendido á todo el mundo es el primero que regala y acaso el último que regalará en su vida; hacerla pensar y sentir en el colchón del vicio como piensa y siente la honradez en el tálamo nupcial; descubrir en ella el mundo de las ilusiones y hacer brillar en las pupilas de sus ojos un crepúsculo, primero y único quizá, pero crepúsculo de un amor honrado... Lo primero es obra vulgar; lo segundo, obra meritoria ante Dios y los hombres... Sin embargo, he sostenido contra mí mis-

mo una lucha terrible... lucha cruel y estúpida por lo estéril. He tratado á esa mujer con duchas de indiferencia cuando vino una y otra noche á hacer nido en mi Siberia, y al fin he caído en sus brazos prostrado é indefenso... Nos hemos amado sin atadero, en la alcoba, en la sala, en el balcón, en esa hondanada que ves ahí, en todos estos alrededores, delante de los vecinos y al aire libre, como bestias, que no otra cosa somos después de todo. No parecía sino que todo el mundo estaba en la obligación de enterarse de que nos amábamos; y si han pasado por este barrio bandurrias y guitarras, hemos abierto los balcones de noche, de madrugada, á cualquier hora, y nos hemos besado y mordido, mientras la música se perdía á lo lejos. Así hemos pasado un mes sin lumbre ni frío, en pleno invierno, viviendo entre abrazos muy apretados y besos muy calientes. Ella me hizo olvidar de mí mismo — gran servicio — durante ese tiempo, y yo la hice feliz por treinta días, — es bastante, — y ahora tengo que ponerla de patitas en el fango. Porque me voy, no sé cómo salir de aquí; pero me voy, y la subida mía á la montaña será la bajada de ella, otra vez, al escombros desconocido... Si cupiese en un frasco, la llevaría conmigo — pagando exceso de equipaje porque tiene buenas carnes — no de otra ma-

nera que se lleva un aborto de la naturaleza digno de figurar en un laboratorio...

Juan, que *sentía* á su amigo y descubría lágrimas ocultas en los bordes de su irónica sonrisa, no le contestó, y habló de teatros y cafés y un poco de Galeote, que era la novedad del día. *¡Galeote en el teatro!* Así se titularía su artículo, un artículo con mucha alma.

— ... Pasa medio siglo, y un Echeagaray, esto es, un genio, lleva ese cura Galeote al teatro español, y le hace aplaudir... ¿Qué te parece la idea?...

Luego dió un abrazo á Manolo, y emprendió el viaje de regreso por cuevas y baches, dando diente con diente, pero sin maldecir ya las genialidades de Manolo, sintiendo antes bien que avanzaba en lo recóndito de su espíritu una sombra de infinita tristeza por el buen amigo y compañero, en tanto que la sombra de la naturaleza se extendía sobre la casita, hundiéndola en la hondanada, con el paredón mohoso, los árboles rapados y la silueta de Manolo, en una mancha gigantesca y negra, á la que escapaba solamente, en la imaginación de Juan, el sillón de lona, y sobre el sillón, los ojos tersos y brillantes y los ladeados labios de color de sangre que seguían pidiendo besos...

*
* *

... Entonces se entabló una lucha á brazo partido contra la ausencia; un ir y venir de cartas, ruegos que subían, quejándose con angustia como lamentos de moribundo; negativas que bajaban, zumbando ruidosamente como abejas irritadas; y en el fondo del paroxismo, latiendo, avasalladora y victoriosa, la debilidad de aquel amor que preocupara desde su principio el fuerte espíritu de Manolo.

« ... Si me hubieras querido un poco, no me habrías abandonado, y no sería yo tan desgraciada... Dios hará que vengas pronto, porque no querrá él que yo me muera... Encontrarás mujeres que te quieran, pero, como yo, ninguna: ¿lo oyes? Acuérdate: como yo, nadie. No me olvides, y cuando estés con otra mujer, acuérdate de mí. »

« ... De buena gana viviría yo al calor de tus faldas (tan ricas), pero es fuerza que viva á la intemperie. Si no tenemos que comer, nos comeremos á besos; eso será muy bonito, pero no es verdad. El mundo nos tendría por locos, y puede que nos encerrara en un manicomio para que no diéramos mal ejemplo á los hombres y mujeres que se aman por dinero. No, no voy. »

Y subían los ruegos llorando... y bajaban, llorando también, pero sin ruido, las negativas,

Triunfó en la lucha el fuerte espíritu de Manolo; pero la materia cayó rodando sobre el lecho del dolor.

Fué un derroche de fiebre cerebral, el *delirium tremens* de la voluptuosidad, una borrachera de enagua... En el período álgido de su locura, Manolo veía á ratos el pudridero del amor y, allá dentro, el montón de carne rubia sobado y apelmazado por hombres que pagaban el inmundo peloteo; á ratos veía también la carne rubia, herida por él, que surgía limpia, suave y sonrosada, extendiéndose por todo su cuerpo de enfermo como una oleada de sangre caliente; le oprimía con cariño el corazón, le hacía cosquillas en la garganta, le agarrotaba el cerebro... y ora caía envuelto en las piltrafas del montón, ora se sentía alzado por la invasión de carne sana, fresca, triunfante.

Cuando el enfermo estuvo en pie, el médico, que era de los que saben estudiar las enfermedades del cuerpo relacionándolas con las del espíritu, y había sorprendido frases y recuerdos en el delirio de Manolo, le dijo cariñosamente:

— Ha estado usted muriéndose; pero, en fin, se ha salvado usted. Ahora, lo que hace falta es que se marche usted por donde vino, y cuanto antes mejor. Cálmese usted, distraiga esa imagi-

nación, aliméntese bien, y, sobre todo, coma usted mucha carne rubia...

.....
Pero cuando él volvió, ella era resto de desenfrenada orgía de hombres, desperdicio de lobos hambrientos en noche de invierno, pelota de carne que, rodando de mano en mano y golpeada por todos, había parado al fin en un sumidero de la calle...

DE VENTA

Tenía el plumaje de color de yema de huevo, pizpireta el andar, inquieta la mirada. Había en su cara algo de niño alegre. Parecía una personita. Y era un canario.

Su dueño llegó de un largo viaje con aquel avechucho, como le llamaba él.

Por cuidarle, no pudo dormir en dos noches seguidas. Guarecíale bajo la copa de una chistera; dábale traguitos de aguardiente para que no pillara un constipado, y cuando llegó con él sano y salvo (de milagro), aprisionóle en primorosa jaula, y subiéndolo á zancadas el centenar de escalones que le separaba del cielo aboartillado de su novia, puso de patitas en sus faldas el regocijado animalito.

El canario, como si se reanimara al calor de la hembra (aunque de distinta especie), sacudió el